

Un sueño de escuela

Por: **María Celmira Toro Martínez**

Docente investigadora, Asesora Pedagógica y Empresarial

María Celmira Toro Martínez es una docente que ha venido acompañando con sus escritos el Magazín Aula Urbana desde su inicio. Por eso es muy grato nuevamente publicar sus letras, ya que su labor como docente no se limita únicamente al quehacer en la escuela, sino que con sus palabras escritas trasciende y comparte sus experiencias y sus sueños, que siempre han estado inspirados por el ideal de ser una mejor maestra y dejar algo bueno en el corazón y en la mente de sus alumnos.

Aprender, eso es lo que significa enseñar, muy contrario a los viejos conceptos enmarcados en la tradicional pedagogía del maestro, dueño del saber, de la autoridad, del grupo, del niño. Un maestro pleno de conocimientos, para un niño o adolescente carente de ellos. Llenar sus mentes, esa es su misión; acondicionar su comportamiento, ese es su objetivo; moldear, conducir, reglamentar, sancionar, obstaculizar, he ahí su mayor empeño, su mayor obra.

La Escuela, aquella maravilla del saber, cuna de las más gratas experiencias, se ha transformado a la par con el mundo. Se ha modernizado al paso de la tecnología y de la ciencia.

La Escuela no es ahora el palacio del maestro, ni su fortín amurallado; es el reto de unas generaciones que exigen un puesto de importancia en los procesos del aprendizaje. Es el grito de sus mentes ávidas de saber que reclaman ser escuchadas y vistas como seres humanos llenos de expectativas, de sueños, de saberes, de esperanzas. Es el reclamo de una nueva generación para acceder a las exigencias de un nuevo milenio, donde el poder está cifrado en los procesos de comunicación y del pensamiento, en la creatividad, el arte, la sensibilidad, la significación.

Según Medina Gallego, “la escuela en la que nos hemos formado hasta ahora ha sufrido de una enfermedad crónica: la cordura. Atada a normas y programas prefijados, convirtió a maestros y niños en víctimas de la tiranía de los diseñadores de currículos, de los fabricantes de libros, de los inventores de reformas educativas, de los indicadores de evaluación y los resultados del Icfes”.

Esta escuela diseñó un modelo de ciudadano, de intelectual, de trabajador, de hombre a su medida, a sus exigencias. Un alumno que sabe repetir con corrección el discurso fabricado de su maestro, un maestro que cumple sin falta los programas curriculares establecidos. Un alumno que cumple normas, un maestro que las hace cumplir bajo la amenaza del castigo, de la sanción, de la suspensión o el retiro definitivo de la institución. Un maestro que planea aún sin conocer a su alumno y un alumno que pasivamente recibe dosificado un saber fragmentado, alejado de la realidad, de su realidad, de sus esperanzas.

Un maestro que envejece con la rutina pasmosa de los años, con el peso de marchitas y amarillentas lecciones debajo del brazo, apolilladas por lo insertibles, acartonadas por sus distancias con la realidad y el mundo. Un maestro que se aferra a la cárcel de su escuela y un alumno ansioso por escaparse de ella. Un maestro momificado y un alumno alado que quiere volar hasta el infinito. Un maestro detenido por las nostalgias y los pesares, y un alumno temeroso de afrontar un mundo lejano que no conoce, que no ha tenido cerca. Esta reflexión nos lleva a observar la educación desde una visión de placer, de lúdica, de creatividad, de asombro.

Construir esta escuela significa recomenzar a partir del niño mismo

No hay niño sin alegría, sin sueños, sin fantasía, sin aventuras. Sin embargo esta mágica sensación se diluye con el paso de los años y lo que antes era creatividad, se torna en pereza, en insuficiencia, en incapacidad. La Escuela, desde el modelo tradicional, transforma la inocencia de los niños en amargas experiencias sin vida, la magia y el sueño en temores y dudas, la alegría en comportamientos rígidos, la idea en repeticiones absurdas, el querer hacer en el tener que hacer y más y más imposiciones y transgresiones que merman el entusiasmo y la dicha.

¿Es la Escuela un ente arrasador de sueños? Quizá allí se han derrumbado grandes inteligencias en la mano y en la mente del sabio maestro que enseñó con palabras, lo que no pudo enseñar con sus obras, con sus acciones.



La meta es formar un hombre integral, que conozca el mundo, que lo analice, que aporte a su desarrollo, a su devenir científico, social, económico, político y moral; lograrlo es el resultado de una cadena de transformaciones. Una escuela, según Medina, “que educa para enfrentar el conflicto y resolver problemas, que no se centra en sus contenidos sino en problemas del conocimiento y los métodos para resolverlos. Que desarrolla el espíritu y la capacidad de crítica, análisis y comprensión. Que enseña a aprender a aprender, a pensar, a investigar, a decidir, a actuar. A participar, a soñar y jugar”.

Esta Escuela es ante todo una escuela plena de afecto, que reconoce la igualdad, la diferencia, la importancia del asombro, de la duda. Que construye a partir del error, que se interesa más por el desarrollo personal de cada ser, que permite avanzar a partir de lo que se tiene y se necesita. Una escuela que abre caminos de creatividad, de alegría, de sensibilidad, de emociones. Una escuela que es piel, que es cuerpo, que es vida. Una escuela que recrea esos espacios tan incomprensibles de la creatividad infantil, de sus fantasías y sueños. Una escuela que es una partitura abierta de entusiasmo, una palabra mágica que se hace poema, una canción de esperanza. Escuela para el hombre, desde el hombre y con el hombre.

La escuela así definida trasciende los muros de su territorialidad y se inserta en la vida del ciudadano, ya no del niño que espera, sino del hombre que produce, que propone, que aporta, que participa. No del niño que teme, sino del hombre capaz de desempeñarse con éxito y acierto en un campo laboral, que es competente, que sabe; no un niño al que hay que formar, sino un hombre y una mujer con identidad propia, que asumen el reto de su vida, de sus compromisos, de sus responsabilidades.

Hoy, cuando los conflictos sociales son el pan de cada día, cuando son más las poblaciones fluctuantes que hoy están y mañana desaparecen bajo el yugo del miedo y de la injusticia, la escuela debe reconstruir su papel de educadora, de formadora de ciudadanos y ciudadanas para la vida de un país, que en medio de su angustia, de sus tropiezos, de viejos esquemas políticos que lo tienen detenido en el tiempo bajo la atropellante esperanza de un mañana mejor, se debate entre leyes absurdas y realidades escalofriantes sin poder aún encontrar un camino de luz para sus habitantes, para sus gentes, para los niños y niñas que expectantes asisten a una escuela silenciosa, amordazada también por el sistema.

Es un reto ser hoy un educador; es una misión de grandeza, de inmensa responsabilidad. Se necesita mucha fuerza espiritual, mental y académica para poder educar en esta época de zozobras, de silencios; se necesita mucho más que un título, que un grado en el escalafón, para poder llegar al alma de los niños violados, torturados, alejados y excluidos de la tecnología, de una vida digna, de un hogar que les garantice su crecimiento y su desarrollo; de un país anestesiado y amorfo que no reacciona ante la realidad de lo que somos y vivimos.

Sueño con una Escuela justa, que imparta conocimientos acordes con la problemática social del país y del mundo, que no maquille la realidad ni los problemas, que sea sincera, que tenga como eje del aprendizaje la disertación objetiva de nuestro diario vivir, que sea transparente y que en su visión trascienda hasta más allá de los muros de su edificio para llegar al alma de sus estudiantes y hacerles ver el mundo que les espera, el mundo que tendrán que mejorar, que transformar, a partir de su pensamiento, de su inteligencia, de su liderazgo, de su actuar.

Sueño con una Escuela plural, que reconozca la diversidad, que respete los derechos sin reparos, que abogue sin miedo por quienes hoy llenan sus aulas y que mañana estarán dirigiendo y orientando el país que les hemos dejado. Un país que será lo que ellos hayan podido alcanzar durante sus años, que entre juegos, travesuras y sueños vivieron en la escuela.

Sueño con una Escuela que se quede en el corazón de cada ser, de cada colombiano, porque fue tal su impacto y su obra que entró a formar parte de las entrañas y del corazón de todos sus habitantes.

Una Escuela así es la que necesita el mundo de hoy. Una Escuela inmersa en la problemática de cada individuo, una escuela que construya mundos posibles, al estilo de Brunner, en la pasmosa realidad de cada vida, de cada problema.

Una Escuela que comprenda y sienta como suyos los problemas del desplazamiento forzado, de la miseria, de la soledad, de la indefensión.

Una Escuela que permita crecer, engrandecer, ascender, realizar, propiciar y soñar. Una Escuela que colme la sed infinita de ternura, de escucha, de respeto, de identidad y de vida.

Todos vamos haciendo historias en el paso por nuestra vida; esas huellas que dejamos son la historia del mañana. Por eso, como maestros, debemos preguntarnos ¿qué historia es la que vamos a dejar? ¿Cómo queremos, y qué queremos que recuerden nuestros alumnos de nosotros como maestros?

Huellas

En todas las escuelas, en sus cimientos, hay huellas de eternidad, huellas de Maestro.

Lecciones de grandeza, poemas, versos, ecuaciones y cálculos, teoremas y sueños.

Hay pedazos de patria, de montañas, de margaritas frescas y de besos.

Hay aromas de frutos y cafetos, de siembras, de cosechas.

Hay huellas de los juegos infantiles que nunca se olvidaron con el tiempo.

Hay canciones de cuna, himnos patrios, historias y leyendas.

Hay huellas aún frescas de golosas y trompos, de bolas de cristal, que como estrellas rodaban presurosas y serenas.

Hay ecos de su voz, rastros de su ejemplo, y el calor de su abrazo aún se siente.

Hay huellas en el alma que quedaron grabadas, indelebles.

¡Qué tesoro tan grande es un Maestro!

En su sencillez y en su sapiencia nos deja herencias de eternidad, que aunque pasen los años seguirán siendo nuevas y anidarán por siempre en nuestro corazón y en nuestra mente.

